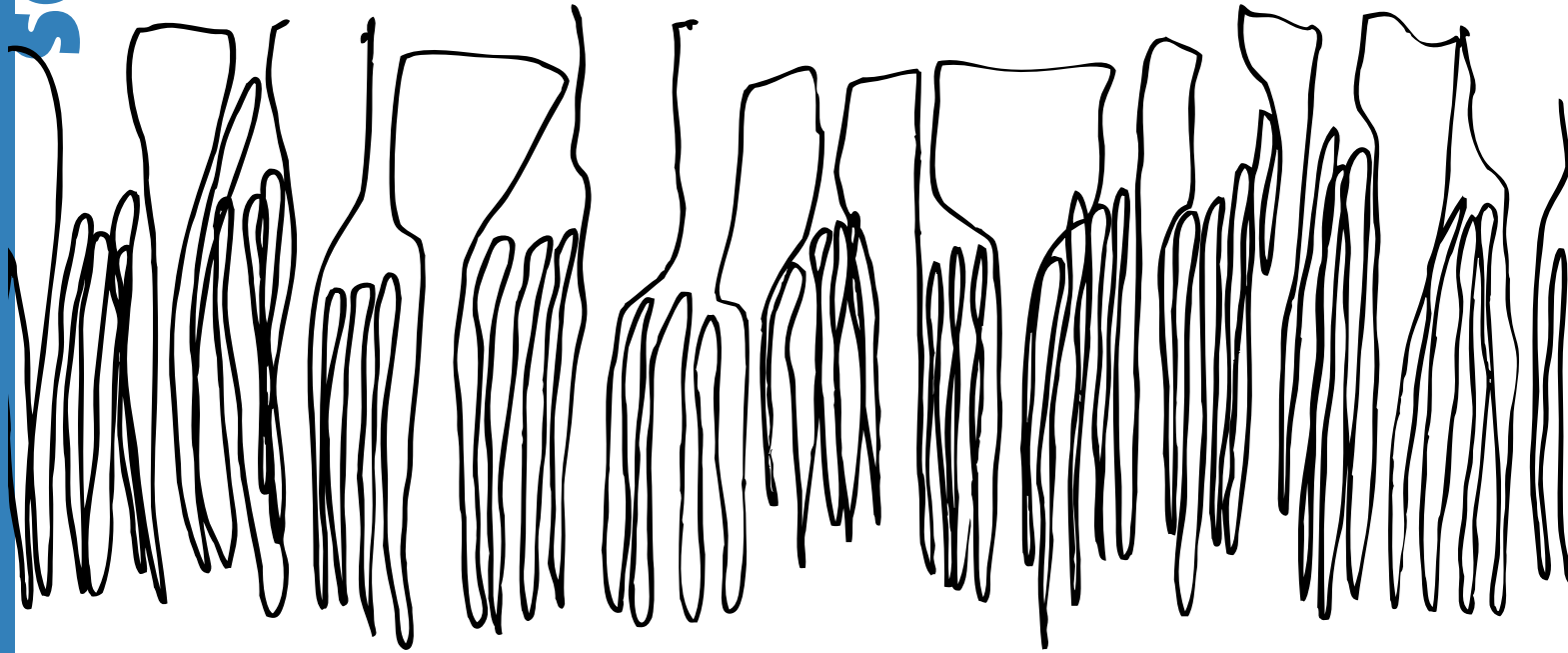


Manglares,

más allá de una visión comercial

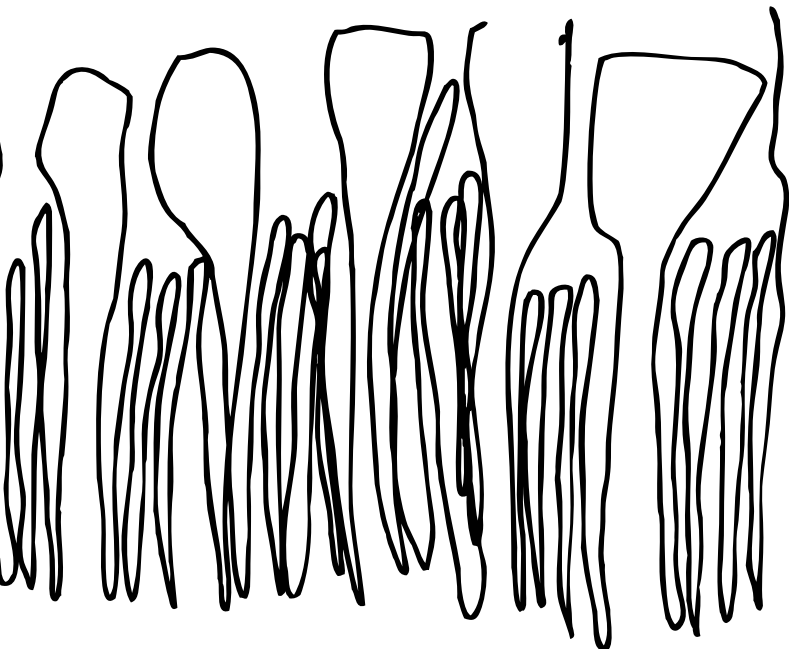
Rubén Perezpeña Sánchez



En las últimas semanas se han llevado a cabo una serie de discusiones acerca de los manglares y de si se debe o no realizar una serie de modificaciones a la Ley General de Vida Silvestre para permitir la construcción y aprovechamiento de las áreas que ahora ocupan dichos ecosistemas. Esto, con la buena voluntad de que por cada hectárea de manglar que sea transformada, se “reforestará” un número mayor de hectáreas con manglar para resarcir el daño. Por una parte hemos podido escuchar argumentos a favor de esas modificaciones, las cuales hablan acerca del progreso, creación de empleos, y de un mejor nivel de vida para las personas que trabajaran en los proyectos que se realicen, así como de una mejor protección a los manglares; como ejemplo de esto podemos mencionar las declaraciones del titular de la Procuraduría Federal de Protección al Ambiente (Profepa), Ignacio Loyola, al mencionar que la prohibición total en la explotación de manglares está provocando

que se les deje morir; por el otro lado se encuentran las personas que abogan por un respeto y cuidado de los manglares, y se oponen ante las modificaciones y propuestas. Sin embargo, para poder tomar la mejor decisión con respecto a este tema, es necesario conocer cuáles son las dinámicas ecosistemas, así como los procesos y patrones ecológicos de los manglares, sus beneficios tanto ecológicos como económicos y sociales. Esto es mucho más importante de lo que pudiera parecer en primera instancia, sobre todo cuando nos hemos acostumbrado como sociedad a la destrucción sistemática de las áreas naturales de nuestro país.

Los manglares son ecosistemas que requieren condiciones muy especiales para existir y, contrario a lo que mencionó el secretario de Turismo, Rodolfo Elizondo Torres, es imposible “reforestar” manglar y mucho menos que en tan sólo un año “se dé”, como lo comentó en los me-



dios de comunicación. Estos “bosques selváticos de agua” crecen sobre los estuarios fluviales y los litorales protegidos de las zonas costeras ecuatoriales, tropicales y subtropicales, adaptándose al flujo de las mareas. Cuando la marea baja, sus raíces respiratorias quedan por fuera del nivel del agua, captando así el oxígeno y trasladándolo a las demás zonas del árbol; esta adaptación les permite sobrevivir en un suelo sin oxígeno y con altas concentraciones salinas, sus hojas se adaptan también a la escasez de agua dulce y tienen la capacidad de eliminar el exceso de sal. Estas características lo convierten en un ecosistema irremplazable y único, que da nicho a una riqueza y diversidad de especies muy amplia, ya sea que hablemos de aves, reptiles, mamíferos, insectos, plantas epífitas, líquenes, hongos, etcétera, además de la gran cantidad de especies de importancia comercial para las pesquerías que tiene su hábitat aquí, haciendo de este ecosistema uno de los más productivos del planeta.

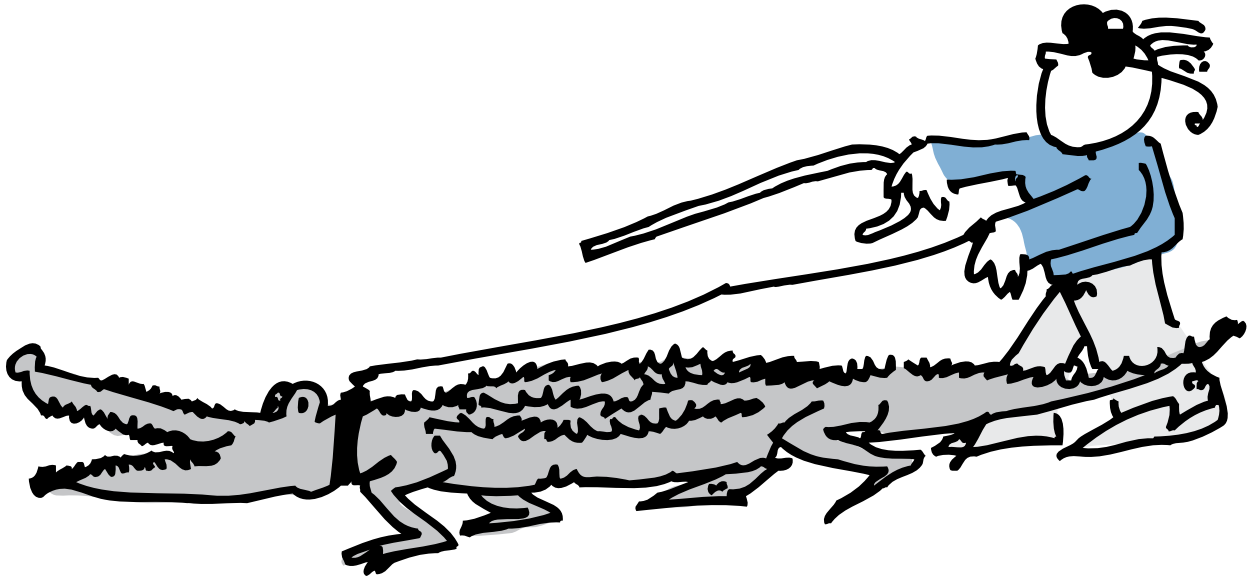
La distribución de los manglares corresponde a la de los bosques tropicales, extendiéndose hacia el norte y sur del Ecuador y teniendo como límite, en la mayoría de las ocasiones, a los trópicos, debido a que estos ecosistemas son sensibles a las temperaturas de heladas o congelamiento, siendo así que sólo pasan estos límites en lugares donde las corrientes marinas ayudan a mantener la temperatura dentro de un rango que les sea tolerable.

Su distribución en México es muy amplia: al norte de nuestro país se encuentra el límite biogeográfico septentrional de la especie y los podemos encontrar tanto en las costas de Océano Pacífico y en el Golfo de California como en las del Golfo de México y el Caribe.

Es por su localización, así como por sus características especiales, que los manglares realizan una serie de servicios ambientales los cuales son básicos para el equilibrio y mantenimiento de los ecosistemas que lo rodean, con los cuales mantienen una estrecha y frágil relación, pero que al mismo tiempo nos brindan una serie de beneficios que muchas veces no tomamos en cuenta, ya que su contabilización es algo difícil puesto que no son visibles a primera instancia. Sin duda, el valor total de los manglares va mucho más allá del solo bienestar que en términos económicos le proporcione a la sociedad.

Los manglares sirven como controladores de inundaciones y erosión del suelo, sirven como estabilizadores de la línea costera, llevan a cabo la retención de sedimentos y sustancias tóxicas purificando el agua que llega al mar; al mismo tiempo, desalinizan el agua que entra a tierra firme y la filtran al subsuelo, ayudando de esta manera a la recarga de los mantos freáticos, fungiendo como reguladores de la calidad del agua en general.

Además, otra de las funciones más importantes de los manglares es ser fuente de materia orgánica, producción de hojarasca y exportación de biomasa, lo cual sirve como



sustento primario para todos los organismos que conforman los primeros escalones de la cadena alimenticia de los ecosistemas colindantes con los manglares, permitiendo que la vida se mantenga en éstos, beneficiando de esta manera a un amplio rango de especies, incluyendo al ser humano. Entre 80% y 90% de todas las especies de las pesquerías del Golfo de México dependen del manglar en una o más fases de su ciclo de vida. Al mismo tiempo sirven como escudo de protección contra tormentas y fungen como cortina rompevientos, son estabilizadores del micro clima de la región en la que se encuentran, y como partes fundamentales en la regulación del clima global, son productores de oxígeno y captadores de CO₂, funciones indispensables para el mantenimiento de la vida en general en el planeta, pero que en las próximas décadas serán de vital importancia, literalmente hablando.

Si todo esto fuera poco, los manglares han proveído de una cantidad impresionan-

te de bienes y servicios, a través del tiempo, a las comunidades que han sabido ver en el manglar una fuente de vida. La lista incluye alimentos, bebidas, medicinas, combustibles, forraje, ceras, abonos verdes, muebles, postes, carbón, alcohol, papel, herramientas para la casa, elementos para la construcción, juguetes, rieles de tren, lanchas, textiles, taninos para curtir, edulcorantes, entre muchas, muchas otras cosas

Con todo esto, no hace falta ser un genio para poder darse cuenta del valor de los manglares, ya sea directo, por los beneficios que recibimos de las pesquerías o del turismo, indirecto, por la calidad del agua o la importante función de protección en las costas, o el valor de opción, por todas las oportunidades que nos brindan en la creación de productos o la investigación científica, por mencionar sólo algunos campos, pero sobre todo los valores de legado y existencia, ya que tenemos la responsabilidad de heredar a las futuras

generaciones un planeta mejor del que nos entregaron a nosotros. Desafortunadamente, esto está lejos de ser así.

Hasta ahora, más de 50% de los manglares del mundo han desaparecido. Históricamente se consideraba que 75% de la línea de costa de los trópicos estaba cubierta por manglar. De ese total, hoy sólo queda 25 % (Farnsworth y Ellison, 1997). Las causas principales de esta disminución acelerada, a decir de los autores, es la pérdida del espacio que ocupa el manglar por el crecimiento de las ciudades, la expansión de la frontera agrícola, la construcción de desarrollos turísticos y las granjas de camarón.

De acuerdo con la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales, en 24 años México ha perdido más de 75% de sus manglares. El dato fue aportado en octubre por el titular de la dependencia, Rafael Elvira, quien dijo durante su comparecencia ante la Comisión de Medio Ambiente y Recursos Naturales de la Cámara de Diputados que a este país le quedan 650 mil hectáreas de humedales. Cabe mencionar que una vez que los manglares son destruidos, las áreas donde solían estar se transforman por completo y se vuelven inestables, la erosión de las costas se intensifica, cambia el patrón y la calidad del agua, las comunidades que se localizan donde antes se encontraban los manglares quedan expuestas a los eventos meteorológicos, como pueden ser tormentas tropicales o huracanes, lo cual puede llevar a sufrir la pérdida de miles de vidas humanas, como ya ha pasado en partes de Asia y América. Al mismo tiempo, al intensificarse la erosión se intensifica la sedimentación, lo cual daña directamente a las especies que tienen sus zonas de desove, crianza y ámbito hogareño en ese espacio, poniendo en riesgo la supervivencia de todos los integrantes de la red trófica, desde los moluscos hasta el ser humano. Aquí es importante tomar en cuenta que se estima que dos terceras partes de las poblaciones de peces en el mundo, y

entre 80 y 90% de las pesquerías del Golfo de México dependen del manglar en uno o más de sus ciclos de vida; con esto en mente, podemos imaginar cuáles serán los efectos negativos directos de la destrucción de los manglares, tanto para la biodiversidad como para la supervivencia de los grupos humanos que dependen por completo de los recursos naturales que provienen del manglar, teniendo así que desplazarse fuera de sus tierras, creando con esto marginación, pobreza e incrementando en general la problemática social de los grupos sociales afectados.

A pesar de lo anterior, es impresionante cómo se siguen dando permisos, se autorizan desarrollos y se promueven fuertes inversiones y actividades, a nivel gubernamental y de la iniciativa privada, para destruir o sustituir a los manglares, como si éstos tan sólo fueran tierras inservibles, llenas de enfermedades y de fauna nociva que deberíamos desaparecer cuanto antes en beneficio de la sociedad y en nombre del progreso.

Como sociedad debemos de entender que la conservación y protección de los recursos naturales no es algo que esté peleado con la generación de ingresos y beneficios en general, pero es tiempo de que comprendamos que para que un proyecto sea viable y se logren los mejores resultados a largo plazo, es sumamente importante que sea económicamente viable, socialmente justo, y ecológicamente respetuoso. La conservación y protección de los manglares y otros ecosistemas no obstaculiza el avance y la modernización de nuestro país, por el contrario, la única opción que tenemos como sociedad para asegurar nuestro bienestar a corto, mediano y largo plazo es justamente conservarlos y llevar a cabo un aprovechamiento sustentable de los ecosistemas, y tal vez así podamos ir más allá de esta visión, la cual sólo nos permite observar una serie de “recursos naturales” y ser capaces de comprender, como sociedad en general, que no sólo hablamos de recursos sino de la vida en sí. 